

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

25 de octubre de 1890

Núm. 156



MADONA

UN RATO DE CHARLA

PARECE que, habiéndose estrenado este año la compañía de don Emilio Mario con la comedia de Moratín *El viejo y la niña*, no ha dado gusto á los señores. Se dirá que porque es cosa anticuada; pero se ha estrenado en el Real el *Othello*, ópera de las más flamantes, de Verdi, y ha sucedido tres cuartos de lo mismo.

¿Qué le daremos al público para que no se aburra?

Pues no le daremos ni *Viejos* ni *Othellos*.

Yo soy muy devoto de D. Leanôro Fernández de Moratín: pero, aun con serlo, pareceme que me hubiera fastidiado también. Hay cosas que están bien en los libros y no están bien en la escena. Hay además muchas maravillas que se admiran porque es de buen tono decirlo ó porque así lo enseñan en la clase ó lo dicen los periódicos, pero que, ya en el terreno de la práctica, bajan algunos grados. Creo que el teatro de Moratín no es para ser representado hoy.

Y no sólo el de Moratín, sino grandísima parte de nuestro incomparable teatro antiguo. Aun recuerdo la noche en que el inolvidable Rafael Calvo me hizo pasar las penas del Purgatorio representando *La hija del aire*, de D. Pedro Calderón. ¡Lo que yo padecí teniendo que aguantar aquello, santísimo Dios!

Hay pocas cosas resistentes, triste es confesarlo. Está visto que lo absoluto es una idea metafísica, y que de cada día triunfa más lo relativo. Y no hay que echarle la culpa á nadie, sino que está en la naturaleza de todo lo humano y perecedero.

El teatro, sobre todo, es de lo más transitorio que se conoce: óperas, dramas, comedias, envejecen con la prontitud con que se seca la flor del heno. ¡Cuántas comedias hemos visto que en su día fueron acogidas con entusiasmo y hoy le dejan á uno completamente frío! Los mismos dramas de Shakespeare son hoy irrepresentables ante un público aun regularmente ilustrado.

La moraleja es que el teatro *de verso* debe alimentarse con obras nuevas sin volver la vista atrás; aunque, dicho sea en puridad, creo yo que se va á morir de tuberculosis.

En cuanto al *Othello*, que no conozco absolutamente, témome que la causa de la frialdad con que fué acogido no responda á una ley que creo existe tocante á los argumentos, y es que las óperas sacadas de los grandes dramas ó de los grandes poemas no pueden ser buenas.

Tenemos, en efecto, un *Hamlet* que nunca ha hecho gran carrera; dos ó tres *Romeos* y *Julietas* víctimas de igual destino; *Quijotes* á docenas, que nadie podría decir qué ha sido de ellos; del *Otelo* de Rossini ha quedado un acto; el *Fausto* se sostiene porque es un *Fausto* falsificado; el *Macbeth* de Verdi se enranció al punto; algunas óperas sacadas de la *Divina Comedia*, *Francescas di Rimini*, *Ugolinós*, hicieron fiasco. Y es que esas grandes creaciones no pueden tocarse, porque el músico siempre resultará inferior al poeta. Así lo comprendió Meyerbeer, que nunca quiso poner mano en tales asuntos, y así lo ha comprendido Wagner. Los argumentos han de ser de otra clase, musicales ante todo, y no este precisamente el caso de las grandes obras maestras. A ver quién va á poner en solfa *La vida es sueño*, y á ver si jamás habrá músico que haga olvidar con sus voces de tenor y sus violines *La devoción de la cruz* en verso.

Tal es la explicación de los fenómenos que he apuntado arriba. En lugar de comedias de Moratín prefiere el público cualquier comedia moderna mientras sea pasadera; y en lugar de escribir los músicos óperas tomadas de las obras maestras de la literatura, harían bien en buscar argumentos más humildes, pero más susceptibles, en cambio, de ser traducidos musicalmente.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

EL BARÓMETRO

SABIDO es ya que el barómetro es un instrumento destinado á medir y señalar la más ó menos presión del aire y otras variaciones atmosféricas.

El barómetro sirve comunmente para predecir la lluvia ó el buen tiempo, según las oscilaciones de la columna del mercurio enclavada en su centro.

La causa positiva de esta concordancia es todavía desconocida. Conforme con los principios naturales, parece que la columna del barómetro debería ascender cuando el tiempo está lluvioso, puesto que la presión atmosférica debe aumentar con toda la del vapor del agua; y, no obstante, la experiencia acredita lo contrario, particularmente en las grandes tempestades.

Por el principio en que se funda el barómetro, se deduce que la columna de mercurio se deprimirá ó bajará á medida que el observador se eleve, puesto que del peso de la atmósfera deben rebajarse las capas de aire que van quedando debajo ó inferiores á la altura en que está el instrumento. De la

propiedad del barómetro se sirven los físicos para la medición de altura.

El nombre barómetro, compuesto de dos dicciones griegas, *baros* (pesantez) y *metron* (medida), indica ya el objeto de este instrumento, que inventó Torricelli, discípulo de Galileo, en 1643.

Dícese que, habiendo intentado unos fontaneros de Italia construir bombas aspirantes cuyos tubos tenían más de 32 pies de altura, y observando con sorpresa que el agua no se elevaba más allá de aquélla, preguntaron á Galileo la explicación de este fenómeno, que juzgaron ellos como un capricho de la naturaleza, quien al parecer les contestó que ésta no tenía horror para el vacío sino hasta 32 pies.

Pero como esta respuesta no satisfizo á su discípulo Torricelli, meditó detenidamente, después de la muerte del maestro, sobre este fenómeno, y, sospechando que el agua se elevaba en las bombas por la presión del aire exterior, vino, á fuerza de ensayos, á inventar el barómetro, con el que halló la solución de su justificada sospecha de que la presión del aire obliga á elevarse al agua ú otro líquido hasta ponerse en equilibrio con él, esto es, á 32 pies el agua y á 28 pulgadas francesas ó 32 y media de Burgos, ó sean 76 centímetros, el mercurio, en razón á sus diversas densidades.

Otros creen que Galileo había conocido ya la causa de este fenómeno y que lo había confiado reservadamente á su discípulo predilecto Torricelli, quien lo demostró por medio del barómetro, que dió al público un año después de la muerte del ilustre italiano.

El barómetro de Torricelli ha sido posteriormente mejorado por varios físicos que se han ocupado asiduamente de llevar á la perfección un instrumento tan útil como interesante.

A. OZORES

EL AHORRO

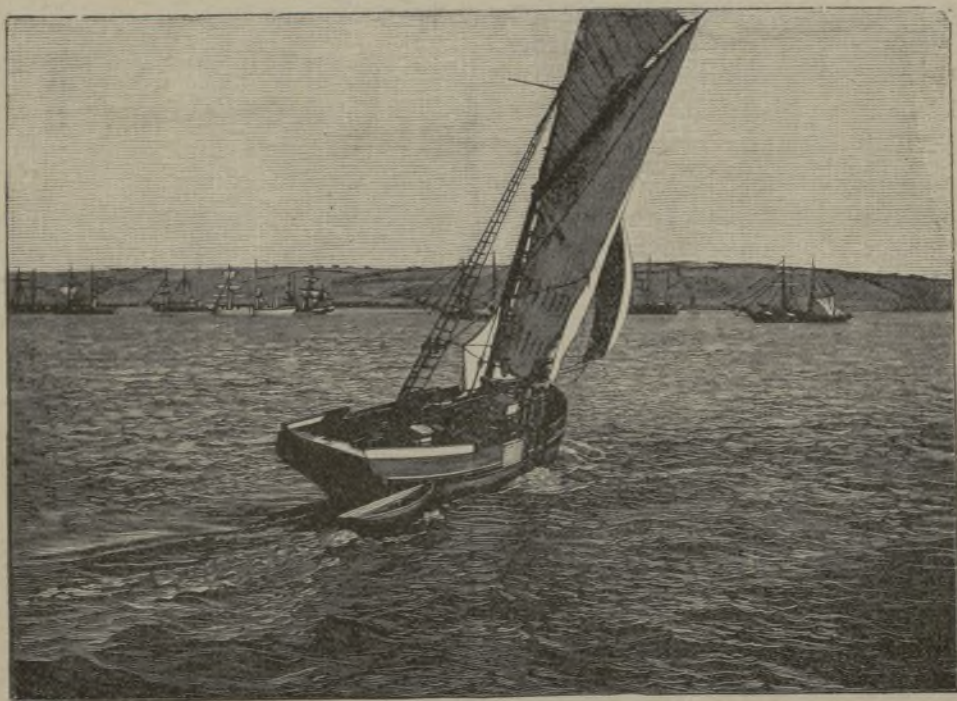
(Conclusión)

Las *cajas de ahorros* ofrecen, además de las dichas, otra ventaja muy importante. Cuando los ahorros se tienen en casa, aparte de no acrecentarse si no se les añaden nuevos ahorros, están muy á mano para que los gastemos el mejor día, á veces en necesidades ficticias, en un capricho, en satisfacer un deseo que no sabemos dominar; con lo que en un momento nos privamos de ese fondo de reserva y previsión y echamos por tierra la labor de constancia y de prudencia que nos ha costado muchos meses y aun años de paciente trabajo, acaso de afanosos desvelos y no pocas privaciones.

No hay para qué decir que, tratándose de los niños que tienen menos reflexión y son más ligeros y vehementes que las personas mayores, es mucho más de temer semejante peligro, que en la mayoría de los casos bien puede asegurarse que es inevitable: apenas habrá uno para quien la hucha ó alcancía

no sea una tentación constante. Por esto hay que procurar que lleven sus ahorritos á las *cajas* ya mencionadas, máxime cuando haciéndolo así saldrán gananciosos al aumentarlos con los intereses que les produzcan.

Mas como esto tiene sus inconvenientes, porque en esas *cajas* no se admiten imposiciones menores de una peseta (cantidad que los niños no llegan,



De regreso á la bahia

por lo común, á reunir sino por virtud de varios ahorros que tendrían que guardar en su alcancía hasta tener la peseta), en casi todos los países se han creado las llamadas *cajas escolares de ahorro*, en las que los alumnos van depositando, bajo la dirección y custodia del maestro, los céntimos que ahorran. Cuando reúnen una, dos ó más pesetas, el maestro las lleva á la Caja general, donde se les hace la correspondiente imposición, como á las personas mayores y con iguales condiciones é intereses.

De semejante manera, que cada día se generaliza más, se hacen extensivos á los niños los beneficios que las cajas de ahorros reportan á los adultos, á la vez que se les enseña, mediante la propia experiencia, la práctica y las explicaciones del maestro, la conveniencia y utilidad del ahorro y el modo de hacer que resulte más fecundo, dándoles de paso hábitos de economía, de orden y de previsión.

De aquí que se consideren las *cajas de ahorro escolares* como una bienhe-

chona institución y como un medio de educación moral de los niños, para los que nunca podrán llegar á ser esto, ni ejercer sobre ellos tan beneficiosa influencia, las huchas ó alcancías, que con frecuencia no representan otra cosa que un capricho, un juguete más ó un nuevo pasatiempo, objeto no pocas veces de riñas y aun de cosas peores.

Cuando los niños no ahorran, gastan el dinero que se les da, en golosinas que además de hacerlos *golosos* les pueden hacer daño en su salud; otras veces lo invierten en objetos que les pueden causar algún mal ó servirles para inferírselo á otros, y aun á las personas mayores. Esto es lo que se quiere evitar acostumbrando á los niños al ahorro. Pero cuando lo ahorrado está á disposición de los niños por tenerlo en la alcancía, resulta que el día que se les antoja abren ó rompen ésta, y de una vez gastan todo el dinero ahorrado en dichas golosinas y cosas perjudiciales. Y, en tal caso, el daño es mayor por ser mayor la suma de que disponen y más las golosinas y objetos dañinos que pueden comprar.

Depositando los ahorros en las *cajas escolares*, se evitan semejantes inconvenientes, acostumbrándose los niños á invertirlos bien, fructuosa y beneficiosamente.

Aparte de lo que pueden servirles en el día de mañana, los ahorros así obtenidos y custodiados, para sus propias necesidades, pueden realizar los niños con ellos actos meritorios, verdaderas obras de caridad, cuando no para ayudar á sus padres desgraciados y á sus hermanos.

Hé aquí algunos ejemplos que espero que mis pequeños lectores no echarán en saco roto, sino que, por el contrario, procurarán grabar en sus tiernos é inocentes corazones.

Con los ahorros que tenía una niña en la *caja escolar*, pudo ayudar á que un hermano suyo se librase de la suerte de soldado, contribuyendo también con ello á llevar la alegría á su casa y á evitar á sus ancianos padres muchas lágrimas de dolor. Otras niñas han destinado dichos ahorros á hacer ropas para sus hermanitos menesterosos de ellas, á ajuares de boda para una hermana ó para sí mismas, á sacar á sus padres de apuros que tal vez les hubiesen acarreado la vergüenza ó la muerte, y, en fin, á obras de caridad como la que realizaron las niñas de una escuela que destinaron sus modestos ahorros á remediar las desgracias ocasionadas por los terremotos que años atrás arruinaron á varios infelices pueblos andaluces.

¡Cuánto mejor no es practicar tan hermosas obras, poder dar tan gallardas muestras de caridad, que gastar los cuartos en golosinas nocivas y en fruslerías que cuando no son perjudiciales no tienen objeto alguno!

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA

NUESTROS GRABADOS

MADONA

El original de ese grabado es obra de uno de los príncipes de la pintura

italiana, siendo digno de notarse el gran número de *Madonas* de primer orden que se ven en los Museos; prueba evidente de la inspiración religiosa de los mayores maestros del pasado.

DE REGRESO Á LA BAHÍA

El ligero *yacht* torna á puerto después de una expedición por aquellas aguas, luciendo la gallardía de su velamen y la destreza de los tripulantes.

ALREDEDORES DE WINDSOR

Sabido es que Windsor se halla situado en las cercanías de Londres y que la reina reside habitualmente en el palacio que tiene allí. Nuestro grabado representa un barrio nuevamente construido en las afueras de aquella pintoresca ciudad.

LA RUECA, LA LANZADERA Y LA AGUJA

(Conclusión)

Y ¿qué sucedió? Que la rueca se escapó de pronto de sus manos y se precipitó afuera. Siguióla con los ojos toda estupefacta, pero la rueca corría bailando á campo traviesa, dejando en pos de sí un hilo de oro. En poco tiempo estuvo bastante lejos para que la perdiera de vista. No teniendo ya rueca, cogió la lanzadera y se puso á tejer.

La rueca continuaba corriendo, y cuando el hilo llegó al cabo, se había juntado al príncipe.—¡Qué veo!—exclamó éste.—Esta rueca quiere conducirme á alguna parte.—Hizo dar la vuelta á su caballo y siguió á galope el hilo de oro. La joven continuaba tejiendo, mientras cantaba:

Corre de él en pos,
cara lanzadera,
y á mi prometido
trae aquí ligera.

Al pronto se escapó de sus manos la lanzadera y se lanzó hacia la puerta. Pero así que llegó al umbral comenzó á tejer una alfombra más hermosa que cuanto se había visto nunca. Por ambos lados florecían guirnaldas de rosas y de lirios, y en medio, sobre un fondo de oro, resaltaban unos pámpanos verdes; liebres y conejos saltaban en el follaje, ciervos y corzos sacaban su cabeza á través de la espesura; en las ramas había suspendidos pájaros de mil colores, á los cuales sólo faltaba cantar. La lanzadera continuaba corriendo y la obra adelantaba maravillosamente.

No teniendo ya la lanzadera la joven, cogió la aguja y se puso á cantar:

Agujita cara
pronto va á llegar:
preparado todo
lo encontrará ya.

Al punto la aguja, escapándose de sus dedos, echó á correr por el cuarto, rápida como un relámpago. Parecía que anduviesen en ello espíritus invisi-

bles: la mesa y los bancos se cubrían de alfombras verdes, las sillas se vestían de terciopelo, y las paredes de un tapiz de seda.

Apenas la aguja había picado su último punto, cuando la joven vió pasar ante la ventana las plumas blancas del sombrero del príncipe á quien había guiado el hilo de oro. Entró en la cabaña pasando por encima de la alfom-



Alrededores de Windsor

bra, y vió en el cuarto á la joven, vestida siempre con su pobre traje, pero brillante, sin embargo, en medio de aquel lujo improvisado, como una englantina sobre el matorral.—Tú eres la más pobre y la más rica,—le dijo.—Ven: serás mi esposa.—Ella le alargó la mano sin responder nada. Él la hizo subir entonces á caballo y se la llevó á la corte, donde se celebraron con grande alegría las bodas.

La rueca, la lanzadera y la aguja fueron preciosamente conservadas en el tesoro real.

FIN DEL TOMO TERCERO

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: ^{Áncas de San Bernardo,} 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes. 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA